



Discurso sobre Eclesiastés 9:10

Un sermón de George Müller de Bristol

Un sermón predicado en Alma Road, Bristol, el domingo 24 de julio de 1887 en la noche, por el Sr. George Müller.

Todos corren un gran peligro, incluso los hijos de Dios, de olvidar que la vida nos ha sido dada como un talento precioso para ser usado para el Señor y para bendecirnos a nosotros mismos. Muchos continúan como si estuvieran soñando, como si la vida no fuera una realidad. Estamos continuamente en peligro de olvidar de manera práctica que solo tenemos una vida y que ésta es en la tierra, en comparación con la eternidad, muy, muy breve. Ahora, para contrarrestar todo esto, Dios en su gracia nos ha dado palabras en Su Libro como nuestro texto hoy, por medio de las cuales Él, nuestro Amigo en el cielo, habla en voz alta a nuestros corazones y nos dice: “Ahora, fíjate en lo que estás haciendo, tu vida es brevísima. Tienes una sola vida en la tierra: lo que tienes que hacer, hazlo con todas tus fuerzas, porque cuando esta vida se acabe, no tiene otra vida en la tierra”. Debemos hacer con nuestras fuerzas lo que hacemos.

Lo primero que debemos hacer sobre todo es preocuparnos por la salvación de nuestras propias almas. Todo lo demás en comparación con esto es de poca importancia. Ahora les pregunto cariñosamente a todos los presentes: ¿Hemos atendido sobre todo lo demás a la salvación de nuestras propias almas? — Y estamos seguros en base a las Escrituras que no nos hemos equivocado al respecto — ¿Está todo arreglado respecto a este asunto, que estamos seguros de que no andamos por el camino ancho que conduce a la destrucción, sino que verdaderamente somos llevados por el camino angosto que conduce a la vida eterna? ¿Está esto resuelto? Y recuerda que esto no debe ser resuelto por nuestros propios sentimientos o por lo que este o el otro nos diga, sino conducidos por el único estándar de Dios: Debe ser resuelto por la Palabra de Dios. Dirijo la atención de todos los aquí presentes, que todavía tienen alguna medida de incertidumbre acerca de esto, unos pocos pasajes. Romanos 3:20-22 — una justicia que Dios puede aceptar, la cual viene de Él a través del señor Jesucristo, una justicia obtenida al poner nuestra confianza en el Señor Jesucristo para la salvación, después de haber visto que somos pecadores, nos sentenciamos y aceptamos lo que ha sido provisto con tanta misericordia para el pecador más grande, vil y endurecido, en el Señor Jesucristo, en tanto que es “para todos y sobre todos los que creen en Él”. Ninguno está excluido, todos y cada uno pueden obtenerlo — no se ofrece a este o aquel solamente, sino que es “para todos”. Pero no es “sobre todos”, por lo que leemos “sobre todos los que creen”. Nadie está exento, nadie puede decir: “Yo deseaba tener esta justicia, pero nunca pude obtenerla”. Es para cada pobre pecador si está dispuesto a aceptar lo que Dios le ha provisto. El versículo 24 dice justificado, porque es Su propia justicia, provista al entregar a su Hijo, quien en todo momento y bajo todas las circunstancias actuó de acuerdo con la voluntad de Dios. Luego, en el capítulo 10 leemos, “siendo justificados por la fe”. Tenemos que poner nuestra confianza en Cristo, depender de Cristo; entonces seremos contados como justos, justos a los ojos de Dios (Romanos 8:1): el pobre pecador, unido a Cristo, por la fe en Cristo Jesús, se convierte en miembro del

cuerpo del cual Cristo es la Cabeza. Un pasaje más, y lo cito porque es muy apropiado para el pecador más débil y endeble que pone su confianza en el Señor Jesucristo, Romanos 10:9-10. Aquí hay dos puntos que se nos presentan mediante los cuales podemos decidir si somos salvos o no. Primero debemos creer en nuestro corazón que Cristo ha resucitado de entre los muertos y, en segundo lugar, confesar con la boca al Señor Jesucristo. Estos dos puntos están completamente unidos en el mismo individuo — no es que creamos que el Señor Jesús fue levantado de entre los muertos solamente, no confesamos al Señor Jesús solamente, sino que estos dos puntos se encuentran en nosotros. Ahora bien, de cualquier manera nuestra fe es débil, muy débil. Sin embargo, en todos los verdaderos creyentes no encontramos ninguna duda con respecto a la resurrección del Señor Jesucristo. Creen que fue clavado en la cruz y derramó su sangre para salvar a los pecadores, que fue bajado y llevado a la tumba, pero resucitó. Este, sin embargo, no es el único punto. Si deseamos estar seguros de la salvación de nuestras almas, debemos combinar con esto la confesión de Cristo; debemos hacer saber a los hombres que dependemos para la salvación, de los méritos y sufrimientos del Señor Jesucristo. Si hay esto sin la creencia de la resurrección del Señor Jesucristo, no brindará consuelo. Si creemos y no lo confesamos, no tendremos seguridad en el asunto de la salvación. Así que tan ciertamente como estos dos puntos se encuentran en un individuo, Dios declara — no lo declaro yo, sino Dios lo declara — que será salvo. Ahora soy un pobre pecador, pero aunque soy un pecador malvado, culpable y merecedor del infierno, seré salvo porque creo que Jesús resucitó de entre los muertos. Estoy tan seguro de ello como si hubiera sido uno de los guardias y lo hubiera visto salir de la tumba; no, más seguro, porque podría haberme equivocado o engañado por mi vista, pero Dios lo declara en Su Palabra y yo le creo. Y confieso con mi boca al Señor Jesús, aunque lo he hecho decenas de cientos de veces, y así, aunque soy un pobre pecador que merece el infierno, seré salvo. Un pasaje más, Hechos 10:43. ¿Quieres deshacerte de la carga de tu conciencia? ¿Tener paz en tu alma sabiendo que tus pecados están perdonados? Cree en el Señor Jesucristo, porque todo aquel que haga esto recibirá la remisión de los pecados, obtendrá el perdón de todas sus innumerables transgresiones. Este asunto, por tanto, con qué facilidad se resuelto, si deseamos resolverlo solo con las Escrituras.

Ahora que se está haciendo esto, la pregunta es: ¿qué es lo que nuestras manos encontrarán para hacer con nuestra fuerza? Si el asunto de nuestra salvación está resuelto, el punto más profundamente importante es glorificar a Dios mientras continuamos en esta vida. Ese es nuestro gran negocio mediante el cual mostramos nuestro amor y gratitud a Dios, por todo su gran amor y la maravillosa gracia en el regalo de su único Hijo. Vivir para Él, glorificarlo, debemos hacer eso nuestro gran y único negocio en toda nuestra vida, en comparación con el cual todos los demás asuntos son insignificantes. David dice: “Esta sola cosa he deseado” (Salmo 17:4) — no seis cosas he deseado, no cinco, ni cuatro — “Esta única cosa”. ¡Una! Y así debería ser con todo hijo de Dios, con todo verdadero creyente en el Señor Jesucristo. Después de que el asunto de la salvación esté resuelto, debería haber una cosa, vivir para Dios, glorificar a Dios. Ahora bien, esto implica mucho y para que el tema, en la mayor medida de mi capacidad, sea de carácter práctico, daré algunos consejos para ilustrar cómo podemos glorificar a Dios.

Por ejemplo, estamos rodeados de creyentes pobres, ¿nos preocupamos por ellos? ¿buscamos ministrarles con suministros de nuestros propios medios? ¿estamos realmente

interesados en sus preocupaciones temporales? ¿nos damos cuenta de que esta es la voluntad de Dios con respecto a nosotros, que si hay creyentes pobres a nuestro alrededor, está en Su mente que debemos cuidarlos? Hay personas enfermas, ¿nos preocupamos por su comodidad, las ayudamos, las atendemos, les proporcionamos cosas para aliviar su dolor y las consolamos en su lecho de languidez? ¿los cuidamos con nuestra “fuerza”, no de una manera insignificante y descuidada, sino con nuestra “fuerza”, como el Señor mismo dice en Su propia Palabra? ¿lo estamos haciendo? Por otra parte, hay hermanos en la fe que no solo deben ser atendidos temporalmente, sino también espiritualmente. Si vemos a uno sin instrucción y tenemos un poco más de conocimiento, ¿estamos listos para ayudarlo e instruirlo? Cuando vemos a alguien abatido, ¿estamos listos para animarlo? Cuando vemos a un hermano en duda, ¿estamos listos para hacer lo que podamos para aumentar su fe y a comunicar cómo el Señor nos ha provisto, para animarlo a confiar en Dios? ¿buscamos, con nuestras fuerzas, ayudar a los débiles en la fe? Cuando vemos a un hermano apartarse del camino angosto, ¿vamos tras él y buscamos restaurar su alma en mansedumbre, según la mente de Cristo? Con nuestra “fuerza” lo haremos. Ah, preguntémonos esto, porque a medida que sembramos, así será la cosecha de ahora en adelante. Y no olvidemos nunca las palabras — “Hazlo con tus fuerzas” — no de manera descuidada ni a la ligera, no a medias ni insignificante, no dando aquello que no nos cuesta nada, sino que debemos hacer con nuestras fuerzas aquello que hacemos, porque tenemos una sola vida en la que glorificar a Dios.

Nuevamente, se puede lograr con un interés profundo y vivo en la obra de Dios. ¿Qué estamos haciendo de esta manera? — en la obra de Dios en casa — en primer lugar en nuestras familias, porque no sería bueno que saliéramos y los descuidáramos; ellos tienen el primer lugar. Pero habiendo atendido al bienestar espiritual de nuestras familias y vecinos en la esfera en la que Dios nos ha puesto especialmente, ¿qué estamos haciendo por nuestros semejantes que nos rodean? ¿nos preocupamos por sus almas, de acuerdo con nuestra fuerza, tiempo y capacidad? ¿buscamos arrancarlos como tizones del fuego? ¿buscamos ganar almas para el Señor? Porque estamos aquí por esa razón entre otras. ¿Cuántos hijos espirituales tenemos, amados hermanos y hermanas? ¿Podemos señalar uno? Si es así, bendecido por Dios, pero eso es muy poco, nuestra vida no está siendo redimida como podría ser, ¡podría haber cinco! ¡Diez! Ah, amados en Cristo, aseguremos de que al final podamos decir para alabanza, honra y gloria de Dios: “Aquí estoy yo y los hijos que Dios me ha dado”. Procuremos no ir solos al cielo. ¿Cuántos hijos espirituales tenemos? Ah, cuanto más, mejor. No digamos: “No hay nada que esperar, porque no soy un predicador, que deba tener hijos espirituales”. El Espíritu Santo nos es dado con el mismo propósito de que de nosotros “fluyan ríos de agua viva” (Juan 7:38) y si no contristamos o apagamos al Espíritu, es imposible decir en qué grado “ríos de agua viva” pueden fluir de nosotros en cuanto a la conversión de nuestros semejantes y la edificación de nuestros hermanos y hermanas en Cristo. Es imposible decir hasta qué punto el Espíritu Santo está dispuesto a usarnos, si estamos deseosos de ser usados y si vivimos de tal manera que seamos vasos “aptos para el uso del Maestro” (1 Timoteo 2:21).

Una vez más, hay hermanos que trabajan en el extranjero: ¿sentimos interés en ellos, oramos por bendiciones para ellos, buscamos ministrar sus necesidades físicas, comodidad mental y avance espiritual? ¿contribuimos con nuestros medios además de dar nuestras oraciones? Porque si nuestras oraciones significan algo, estarán acompañadas de

muestras de amor. ¿Qué estamos haciendo con nuestras fuerzas? ¡Ah, amados hermanos y hermanas, despertémonos! Si hemos estado somnolientos y adormecidos, salgamos de nuestro sueño y prestemos atención a las palabras: “Todo lo que tu mano halle para hacer, hazlo con tus fuerzas”. ¿Hemos ayudado con nuestras fuerzas a los hermanos que trabajan en casa, en circunstancias difíciles, como hacen muchos? Con nuestra “fuerza” esto se hará.

Una vez más, la Palabra de Dios se difundirá por toda la tierra (se ha publicado en 250 idiomas). ¿Qué estamos haciendo para difundirla? ¿Qué de difundir tratados, ahora disponibles en tantos idiomas? ¿Qué con respecto a las Escuelas Dominicales — escuelas harapientas para niños desamparados e indigentes? ¿Con qué interés buscamos echar una mano? ¿Nos satisfacemos con dar la más mínima cosa una vez al año, porque no nos gusta parecer que no hacemos nada? Dios no mira lo que damos, sino lo que queda atrás. Veamos esto en el ejemplo que nuestro adorable Señor nos presenta, la viuda que arrojó dos blancas en el tesoro, la más mínima minucia, pero, ¿qué le quedaba? ¡Ella lo dio todo! Entonces Dios mira la cantidad que queda después de haber dado. Y si unimos nuestro texto con esto, ah, amados hermanos y hermanas, qué efecto tendrá en nosotros y cómo nos despertará y animará de una manera en la que nunca antes habíamos despertado.

Ahora unas palabras sobre la tercera parte de nuestro tema: “Porque no hay trabajo, ni parte, ni conocimiento, ni sabiduría en el sepulcro, a donde vas”. Este es un punto muy importante que debe tenerse en cuenta. Solo tenemos una vida y esa es breve, y al final será (si la venida del Señor Jesús no lo impide) que entraremos en la tumba. Se acabará el tiempo, se acabarán las oportunidades que se nos concedieron en gran abundancia en la tierra; solo queda esto: como fue la siembra, así será la siega. La siembra con moderación trae una cosecha muy pobre, trae la siega con moderación. Pero habiendo sembrado abundantemente, también cosechamos abundantemente. Esto no tiene nada que ver con el asunto de la salvación, porque todos nuestros pecados se han ido, pero luego vendrá la recompensa de la gracia, y lo que sembramos, segaremos. Ahora, hermanos amados, asegurémonos con fervor de que haya una cosecha abundante, pero una cosecha abundante solo tendrá lugar si ha habido una siembra abundante. Esta misma noche, ¿cuánto encontraremos para hacer? ¿cuánto mañana por la mañana? ¿mañana por la noche, cuánto? Y así durante toda la semana, durante el próximo mes y durante el resto de nuestra peregrinación terrenal.

Afectuosamente suplico y ruego a mis amados hermanos en la fe que se tomen en serio estas cosas y le pidan a Dios que imprima profundamente en tu corazón que tienes una sola vida en la tierra y que esa vida en la tierra es una vida breve en comparación con la eternidad, y por lo tanto, suplícale, en las riquezas de su gracias, que te ayude a hacer el mejor uso de esta breve vida que es como un talento precioso que se te ha confiado. Que Dios lo conceda para la gloria de Su Nombre, para vuestra bendición, para el bien del mundo “que está bajo el maligno” y para el bien, provecho y bendición de la iglesia en general. ¡Que Dios lo conceda por amor a Cristo! Amén.

www.george-muller.es

Este sermón se trata de una traducción realizada por www.george-muller.es del documento original proporcionado por The George Muller Charitable Trust, fundación que sigue el trabajo comenzado por George Müller y que actualmente trabajan en Bristol, concretamente en Ashley Down Road, y que se dedica a promover la educación, el cristianismo evangélico y ayudar a los necesitados. Para más información, puedes visitar su web www.mullers.org